

ADIOS A LA LIGA

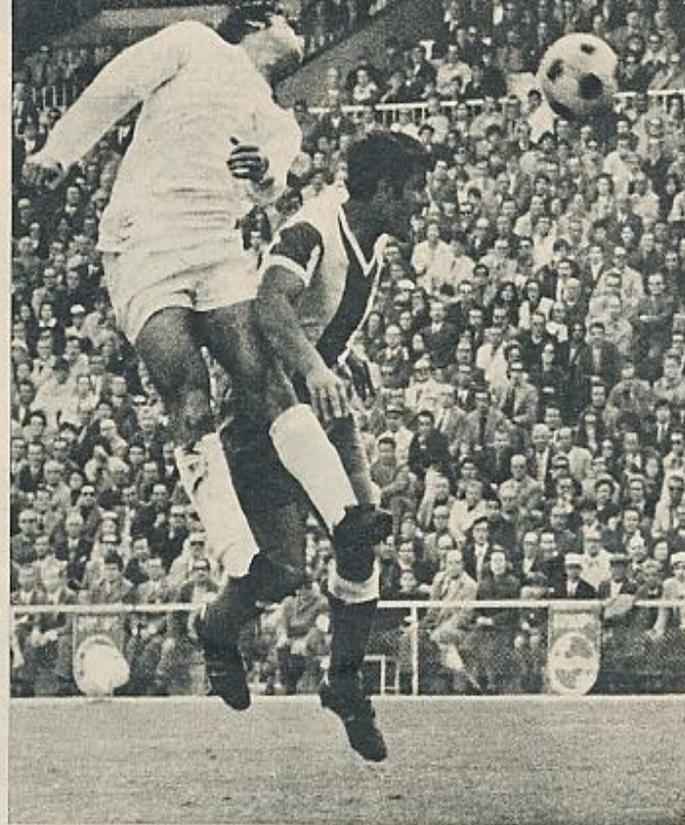
Hace unas semanas dije que ésta había sido la Liga más larga y aburrida de la historia del fútbol español, y dos domingos después estuve a punto de comerme el artículo. De pronto, el Madrid empezó a perder puntos y el Barcelona y el Valencia a ganarlos. No es que el juego empezara a ser más divertido. Simplemente, la situación creaba una expectación extra-espectáculo. Las clientelas del Madrid, el Barcelona y el Valencia recuperaron el interés perdido y la Liga ha terminado en un cierto olor a incienso y árnica.

A árnica olía el Nou Camp barcelonés el último partido del Campeonato liguero. A la salida caminaba ante mí un pobre hombre castellano, parlante e histérico, con un hematoma inmenso en una mejilla y en el centro del hematoma una considerable brecha sangrante. El hombre caminaba hacia el retén de guardia del estadio, escoltado por una pareja de la Policía Armada. Llevaba en la mano una gorrita con los colores del «Barça». De vez en cuando se paraba, tiraba la gorrita al suelo y la pisoteaba. Intentaba hacer partícipes a los guardias de su profundo desencanto por el amor perdido. Los guardias proseguían la marcha imperturbable. Imperturbables, las gentes que salían del partido apenas si se apercebían de la pequeña tragedia-media. Había mucha muerte en el alma a cuestas.

—El drama de este equipo— había dicho días antes el cantante Enric Barbat— es el mismo drama político de la burguesía catalana. Que nunca sabes si las cosas le salen mal porque no puede o porque no quiere.

Minutos antes asistíamos a las últimas carreras de un encuentro increíblemente malo, absurdo, casi kafkiano. El Barcelona perdía frente al Málaga y frente a su público. El gol del Málaga fue acogido con muchísimos aplausos, y del público sólo salían denuestos contra los jugadores barcelonistas. En vano el maltratado Martí Filosía intentaba ordenar el juego, o Asensi buscaba la perpendicular hacia el área contraria, o los leones Pérez y Gallego daban una vez más pruebas de su conciencia luchadora. Un equipo con los nervios rotos, la moral a la altura de las caídas medias y todo el plomo del mundo en las piernas, trazaba con sus desconcertadas correrías las últimas explicaciones de su fracaso.

Paralelamente, al mismo tiempo, en el estadio Santiago Bernabéu o en el estadio Luis Casanova, los seguidores del Madrid y del Valencia expresaban su entusiasmo. Entusiasmo ¿por qué? No por el juego realizado. Entusiasmo por la victoria los unos y por el segundo lugar los otros. Eran el reverso de una misma medalla, pero en ningún modo el contraste de una va-



¡HALA MADRID!

loración del juego. El Barcelona no ha hecho un juego excelente ni en esta Liga ni en la pasada. Pero el Valencia o el Madrid han hecho el peor juego que se les recuerda en muchas temporadas. Al nivel de lo deportivo me reafirmo en lo dicho semanas atrás: esta ha sido la Liga más aburrida, más deportivamente decepcionante. Y si al final ha oído a árnica para unos y a incienso para otros hay que buscar las causas para olores tan extremos en la histeria de la derrota o la victoria: no en la satisfacción depor-

POR OTRA PARTE

Por otra parte, la Liga 1971-72 ha sido reveladora del tedio profesional que agarrota las piernas de nuestros jugadores. Intentan jugar lo mejor que saben y pueden, pero envueltos en responsabilidades extra-deportivas. Un jugador no sólo defiende su valoración personal, sino el prestigio de una directiva, el escalafón de un entrenador, los juicios de los comentaristas deportivos, la carga de representatividad que el público le echa sobre

las espaldas. Son demasiadas cosas para jugar con espíritu creador. Ha sido, pues, una Liga destructiva: de juegos y de piernas. Ningún equipo ha podido presumir de realizar un juego con sello y digno de ser contemplado. Sólo un equipo ha intentado jugar lo mejor que sabía, con juego creador y suelto, no preocupado por la contención o la destrucción. Ese equipo ha sido, curiosamente, el Córdoba, y ha descendido a Segunda División.

De alguna manera el público de todos los campos de España ha expresado, a través del fútbol, malos humores no precisamente deportivos. Una prueba ha sido la insistencia en la repulsa a los árbitros, como figuras simbólicas del poder sobre el césped. Otra prueba ha sido las repetidas muestras de irritación con que ha sido acogido el Real Madrid en distintos campos de España.

Es curiosa la lingüística que se asocia con este equipo. Nadie le ha discutido la valía deportiva del Madrid de los Di Stéfano, Puskas, Gento, Rial y un larguísimo etcétera. Pero nadie puede discutir que

el Madrid fue un equipo «oficializado». Es decir, el Madrid fue utilizado como agente de propaganda exterior, como los coros y danzas o los oftalmólogos españoles y universales. Frente a esta situación sólo reaccionaron críticamente los equipos que se sentían directamente postergados: Barcelona o Bilbao. Equipos que representaban, además, a «públicos» sensibilizados por hechos diferenciales excesivamente negados por el centralismo político-deportivo.

Pero en los restantes campos de España el Madrid solía ser bien acogido. Allí no funcionaba el criterio de valoración político-deportiva. Allí sólo se respetaba la maestría de la sinfonía Di Stéfano y las acciones de Gento como solista. Progresivamente al Madrid se le ha perdido aquel respeto condicionado por su juego excepcional y ahora recibe almohadillazos, protestas colectivas, retenciones en cualquier campo de España, menos en el del Sabadell. ¿Por qué? El grado de frustración del público ha aumentado por doquier. Resulta una temeraria, peligrosa insistencia la de convertir el fútbol en la única válvula de escape colectiva de los malos humores sociales. El Madrid ha asumido el carácter de símbolo político-deportivo para casi todos los públicos de España, y pagan con él un mal humor que debería tener otra salida.

He dicho que en el campo de Sabadell el Madrid suele ser bien recibido. No es ninguna contradicción con lo dicho, sino todo lo contrario. El Sabadell tiene muy poca clientela fija y casi toda esa clientela fija suele corresponder a la burguesía de la ciudad, incluso a la pequeña o pequeñísima burguesía aborigen o perfectamente asimilada. Este hecho le ha representado muy poco público constante, uno de los factores de su crisis. Se llena el campo cuando juegan equipos andaluces, el Madrid o el Barcelona. Cuando juega el Barcelona se llena porque suben los seguidores del «Barça» desde la capital y cuando juegan los equipos andaluces o el Madrid el campo se llena de inmigrantes de las últimas hornadas.

Sobre la mayoría de esos inmigrantes no se ha operado todavía (y cada día es más difícil que ocurra) la metamorfosis de la integración en el país. No son partidarios del Sabadell. Son partidarios de los equipos de su tierra, y cuando juega el Madrid son partidarios de él porque le convierten en el símbolo del antagonista de la clase social a la que venden su trabajo. Es decir, para el inmigrante de corta radicación en el Vallés, su antagonismo más inmediato va dirigido contra el dominador social más inmediato. Si la burguesía de tribuna es partidaria del Sabadell o, en su defecto, del Barcelona, él re-

vienta el pacto apoyando al Madrid.

En cualquier caso es otro ejemplo de compensación extradeportiva. De las excesivas compensaciones extradeportivas programadas que está polarizando el fútbol español. El escándalo del «gurucetazo» en el Nou Camp fue una señal de alerta de que la electricidad que se acumulaba en los campos de fútbol no era electricidad sólo deportiva. Recogía en mi crónica anterior un sintomático comentario del presidente del Valencia, señor De Miguel, a raíz del arbitraje del partido Valencia-Madrid:

—Tal como está el público, y ahora hablo como procurador en Cortes, ¿cómo se le ocurre al árbitro provocarle y provocar con ello un problema de orden público?

PROFESIONALES O PARTIDARIOS

Hasta hace unos años la pasión de los jugadores podía obedecer a causas varias. Una de ellas, quizá tan poderosa como el beneficio de las primas, era la identificación «con los colores». El jugador había crecido bajo la mitificación de un club que solía representar a la tierra en que había nacido y cuando llegaba a «defender sus colores» ponía en ello el empeño de un profesional y un decidido partidario.

El Bilbao ha intentado conservar ese «fuego sagrado» mediante la discriminación profesional. Sólo pueden jugar en el equipo los na-

cidos en el País Vasco. El Barcelona había mantenido esqueletos de jugadores autóctonos con algunas incrustaciones de jugadores de otras regiones o extranjeros. Esos jugadores de otras regiones, caso César o caso Pereda o caso Zaldúa, terminaban asimilados, identificados con la representatividad regional del equipo. Si buscamos ahora la composición regional del equipo más habitual del Barcelona, descubriremos que sobre un total de trece jugadores constantes sólo hay cuatro catalanes: Rifé, Torres, Rexach y Pérez. ¿Cuántos madrileños juegan en el Real Madrid? ¿Cuántos en el Atlético de Madrid? Si Andalucía no padeciera también una emigración futbolística, los equipos andaluces serían incontables. ¿Alguien se imagina un Sevilla con Gallego y Quino? ¿Un Elche que no hubiera perdido a Ballester, Marcial y Asensi?

La profesionalización de las plantillas en detrimento del «jugador partidario» ha hecho de la degustación partidaria del asunto la haya monopolizado el público. El asume toda la representatividad del club. El carácter no profesional de las directivas, el carácter lírico-sentimental de los clubs (en Inglaterra son sociedades anónimas) hace que sean caldo de cultivo de representatividades extradeportivas. Y es lógico que así sea, porque ¿cómo puede canalizarse entre nosotros la energía política

de las masas, de las regiones, de las ciudades?

El jugador profesional pasa entonces a ser un peón de un juego cuyas claves más importantes suelen escapársele. Si los jugadores del Barcelona, desarbolados y hundidos, salieron del Nou Camp en la creencia de que el público estaba sobre todo molesto porque ellos no habían ganado la Liga, estaban muy equivocados. Lo que irritaba al público, mayoritariamente a un nivel inconsciente, era que la ganara el Madrid. Y si los jugadores del Real Madrid creían que el grito ¡Hala Madrid! celebraba su victoria, también estaban equivocados. Celebraba, sobre todo, la derrota del «Barça».

Esta situación tiene culpables y no tiene ninguna solución que pueda llegar desde las estructuras deportivas. Pertenece al catálogo de las insuficiencias del país y no, precisamente, de las insuficiencias deportivas. El señor Ruiz Gallardón se quejaba de la politización de los colegios profesionales y no han faltado dirigentes políticos que se quejan de la politización de la prensa. ¿Cómo no van a politizarse concentraciones humanas de cincuenta o sesenta mil individuos, agrupados en torno a una bandera con colores, a un pasado, a una representatividad? Si esos cincuenta o sesenta mil espectadores tuvieran otros cauces de expresión comunitaria, su rela-

ción con la liturgia deportiva sería menos crispada. Pero no es así.

Incluso en situaciones políticas bien distintas, el deporte sirve de cauce a ríos impensados. Cuando la selección de Gales de rugby juega contra la de Inglaterra ¿se disputan sólo dos puntos? Cuando en Praga juegan las selecciones futbolísticas de Checoslovaquia y la URSS ¿lo importante es participar? Cuando juegan a baloncesto USA y Cuba ¿el balón es sólo un balón? Cuando el negro Ashe juega contra el sudrafricano Drysdale ¿buscan sólo sumar más puntos en el Gran Prix o más dólares en sus cuentas corrientes?

Lo que está ocurriendo en España es que la categoría de «partidario» ha pasado al público, y el jugador, cada día más, es sólo un «medium» sometido a presiones aplastantes. Aunque sea difícil aceptarlo y mucho más difícil creerlo por el público de más allá del Ebro ¿el público del «Barça» no identifica al señor Bernabéu con el Conde Duque de Olivares? Y el público del Madrid ¿no identifica al «Barça» con el estatuto de 1932?

¿Y se ha arreglado algo no admitiendo que las cosas son así? ¿Y se ha hecho algo serio para que las cosas no sean así? ¿Pueden las cosas no ser así?

Estas preguntas exceden a mi capacidad de respuesta. Ni siquiera las ha recogido el III Plan de Desarrollo. ■ LUIS DAVILA.

El Barcelona perdía frente al Málaga y frente a su público. En vano, el maltratado Martí Filosía (en la foto) intentaba ordenar el juego...



ADIOS A LA LIGA

EN la noche del domingo, un grupo de personas recorrió varias calles céntricas de nuestra ciudad entonando cantos fúnebres alusivos al descenso del Sevilla, C. de F. Portando cirios encendidos, se disgregaron, según nos dicen, al llegar a la conjunción de la calle García de Vinuesa y la avenida de José Antonio Primo de Rivera».

Esta pequeña nota, perdida en las páginas deportivas, contrastaba en la prensa sevillana un general rasgamiento de vestiduras de los cronistas especializados ante la bajada del club decano a Segunda División. Es la primera vez que el Sevilla C. de F. está en Segunda y el popular Real Betis Balompié en Primera, y sobre esta realidad pueden tejerse —aparte de otros silogismos— todas las euforias verdiblanas. Por ejemplo, las del estadio Benito Villamarín durante el último partido de Liga, frente al Atlético de Madrid, donde cada vez que el marcador múltiple anunciaba que el Real Madrid le había metido otro gol más al Sevilla, sonaban las palmas, los tambores rocieros llevados para la apoteosis final de la alegría de haberse salvado de la quema del descenso.

Los dos juntos en Segunda, como buenos hermanos, tal ocurrió otras veces, pase. Pero el Sevilla solo, el club de todas las esencias locales, es algo que nadie se explica. O se explica tejiendo un argumento futbolístico-económico-social que empieza a circular en la ciudad. Aunque Sevilla es una gran capital, demasiado típica, a su grave situación de crisis económica y laboral —dicen— no le corresponden equipos de fútbol en Primera. Si en la clasificación nacional de la distribución de la renta «per capita» Sevilla está bajando puestos de una forma alarmante (y en lo de la economía no cabe el recurso de echar al entrenador), si tiene muchos negativos en paro obrero, si es muy desfavorable el *goal-average* de la emigración —se piensa—, lo más natural es que el fútbol no escape a la tónica general.

Pero, ¿y el Betis, cómo está entonces en Primera? Siguen los argumentos futbolístico-económico-sociales: en la situación económica de Andalucía (piensan los empresarios a quienes el agua empieza ya a llegarles al cuello), son los obreros los que de verdad viven bien, los que se están comprando los «600», los que no tienen excesivos problemas económicos, los que cada viernes reciben el sobre de la paga y no han de vérselas con los directores de Banco para la picaresca del peloteo de letras. Y, claro —siguen pensando los bienpensantes—, como el Betis es el club obrero, frentepopulista, barriobajero (lo cual no es del todo cier-



El Sevilla ha bajado a Segunda. Aunque Sevilla es una gran capital, demasiado típica, a su grave situación de crisis económica y laboral —dicen— no le corresponden equipos de fútbol en Primera...

EL SEVILLA C.F. EN SEGUNDA DIVISION, O LA LIGA Y LA RENTA PER CAPITA

to ni del todo incierto), por eso ha seguido en Primera. Continúa el esquema con truchimanerías: el Sevilla, club de los señoritos, ha bajado a Segunda porque faltan empresarios. En Andalucía, últimamente, todos los males tienen su origen en la creencia general de que faltan empresarios. Hasta estoy por decir que si este año llueve en las fiestas de la vendimia jerezana es porque faltan empresarios.

Uno, por encima de estos cáñamazos clasistas que se están tejiendo, la consecuencia que saca es que al sevillano se le conforma con bien poco. Que la cosa económica marcha mal, pues se le echa un discurso. Que cada día hay más despidos, pues no se le dice nada de eso, sino de grandes proyectos a largo plazo que resolverán todos los problemas: que se hará un canal a Bonanza, que se montará una siderúrgica, que se creará un Polo de Desarrollo, que todo será para chuparse los dedos. Después, ni el canal es canal, ni mucho me-

nos llega hasta Bonanza; después, la siderúrgica se la llevan a Valencia; después, el Polo es un fracaso, y no desarrolla más que la instalación de almacenes de distribución de cosas que fabrican de Despeñaperros para arriba.

Y en el fútbol, igual. Los béticos son fanáticos, habladores, cegados simpáticamente por su afición, pero no van al campo. Los sevillistas son más reposados, sienten igual los colores del club y chillan menos. Fuera de la ciudad, tienen menos simpatía que los del «manque pierda», una frase de laboratorio que ni siquiera responde a la dialectología sevillana. Pero son socios, cotizan como supernumerarios, van al campo los domingos, aunque sea a ver perder a su equipo. Pensando en qué responderían, cuando en los años cincuenta cayó por aquí Helenio Herrera y al Sevilla le iban las cosas casi tan bien como a los *pentacampeones*, se pensó en hacer un estadio a la manera del Santiago

Bernabéu. Y se empezó a construir el Sánchez-Pizjuán, una obra de gigantes, como el canal, como la siderurgia, como el Polo, que todavía está inacabada. Desde entonces el Sevilla anda de cabeza.

La temporada pasada, como analgésico definitivo, buscaron al del látigo. Pero Merkel, aparte de esloamar a los jugadores, apenas consiguió la permanencia. Esta temporada trajeron de Grecia a un presunto sabio de pasado oscuro, Dan Georgiadis, que les daba a los jugadores clases de psicología aplicada y de urbanidad colegial, y les enseñaba a partir las naranjas con cuchillo y tenedor, «como si estuvieran comiendo en el palacio de Buckingham, ante la Reina Isabel».

El palacio de Buckingham no se vio por parte ninguna. A Vic Buckingham sí, cuando los sevillistas vieron que el griego tenía muchos títulos universitarios y mucho «señor» al dirigirse a alguien, pero también una rara habilidad para acumular negativos.

Cuando en esta temporada las cosas iban mal, a los sevillistas les decían que estaba todo arreglado, que iban a terminar el campo, llamado por los béticos «las ruinas de Itálica». Cuando un domingo y otro se perdía en las también dichas «ruinas de Palmira», les decían que les iban a hacer una ciudad deportiva, como a los socios del Real Círculo de Labradores y Proprietarios, sólo que más lejos. Cuando se iban sumando negativos se organizaban jiras de exhibición y descanso a Grecia.

Sí, los sevillistas, como los sevillanos, se contentan con poco. Basta que alguien les eche un discurso diciendo que todo se va a arreglar para que las aguas no se salgan de madre. Como con el Polo, como con el canal, como con la siderúrgica, como con la renta «per capita», como con el paro, como con los despidos colectivos. En el último partido jugado en el Sánchez-Pizjuán, contra el Deportivo de La Coruña, no sonaron al principio las míticas palmas por sevillanos del «jugador número 12», sino gritos de acusación, dirigidos al palco presidencial. Un discurso en forma de gol de suerte bastó para contentar a los sevillistas, que, al borde del descenso, otra vez se pusieron a tocar las palmas, como los sevillanos cuando les dicen que todo se va a arreglar.

El día mismo en que el Madrid cantaba el alirón, por la avenida pasearon con cirios, entonando cantos fúnebres. Dentro de unos días comenzarán a circular las clásicas esquelas mortuorias. El club decano ya está en Segunda. A lo mejor hasta tienen razón los de los argumentos futbolístico-económico-sociales, y la que está en Segunda es Sevilla. ■ ANTONIO BURGOS.